



Imp. de N. González, Saca, 12

Casa Editorial de D. Manuel Rodríguez... Plaza del Biombo, 2.
MADRID.

CAPÍTULO V

Egipto (Chemé).—Descripcion del Egipto.—Su constitucion política.—Trabajos, monumentos, instituciones.—La autoridad real.—Las castas

El Egipto (1) es un vasto oasis en el desierto. El clima es cálido, pero saludable (2); el terreno, de una fertilidad prodigiosa, abunda en multitud de útiles producciones, como el lino, las algas, el lotus, el papiro, y por último, animales muy particulares de la comarca, como el ibis, el escorpion, el cocodrilo. Aquella gran cinta de tierra cultivada se extiende como una orilla estrecha, pero larga de doscientas veinticinco leguas, entre las arenas de la Libia y de la Arabia. En vano se la querria aplicar exclusivamente, bien al Asia, bien al Africa (3); no pertenece ni al uno ni al otro de estos continentes. Entre estas dos partes del mundo, el Nilo es su verdadero limite; pero como en su origen este rio no tenia verdadero cauce, el Egipto era durante todo el año lo que hoy no es más que durante algunos meses: como el estanque del Nilo.

Dos líneas de negras montañas, de las cuales una al E. arranca cerca del mar Rojo, mientras que la otra va á confundirse con los syrtos

del O., corren casi paralelamente de S. al N. formando un vastísimo valle. Las dos cordilleras, desde luego muy distantes, se acercan un momento hasta el punto de no dejar entre sí más que un espacio de cinco á seis leguas; despues vuelven á tomar su direccion á derecha é izquierda, y adelantándose hácia el mar, se ensanchan para formar una vasta llanura. Esta llanura forma el *Bajo-Egipto*, la parte inferior del país ó *Delta*. La parte superior, suelo calcáreo y sembrado de rocas, se llama el *Alto-Egipto* ó *Said*. Entre estas provincias, hay otra, la *Heptanomida*, Egipto medio ó intermedio, el *Fayum*. Tal es el valle.

En el centro corre un rio grande y poderoso, que los egipcios llamaron el *Santisimo*, el *Padre*, el *Conservador*, y al que el entusiasmo de los griegos decoró con el título poco nacional de *Júpiter-Egipcio* (1). Este es el *Nilo*: baja de la Etiopia, donde, segun se cree, tiene su origen, pues al fin parece que ya es un hecho probado (2); entra con impetuoso ruido por las

(1) El nombre de Egipto, *Aigyptos* en griego, viene, segun M. Brugsch, de *Ha-Ki-Ptah*, «tierra del culto Ptah», nombre divino de la comarca, de la que Memphis era capital, ya conocida de los griegos en tiempos de la guerra de Troya (*Historia del Egipto*, t. I).

(2) El clima de Egipto es muy sano, y ha sido reconocido por investigaciones muy exactas, hechas durante la expedicion francesa, que la mortandad entre los europeos era allí menor que en nuestros climas (M. Champollion-Figeac, *Universo pintoresco*, Egipto).

(3) Véanse las discusiones de los antiguos historiadores y geógrafos. Sirvan de consulta, entre los modernos, Danville, *Geografía antigua*; M. Champollion, *El Egipto*; M. Desdouts, *Soirées de Montchéry*, y M. de Rosiere, ingeniero jefe de minas y miembro de la comision de Egipto.

(1) Herodoto, Diodero, Estrabon.

(2) Parece que la gran cuestion de los orígenes del Nilo, que tanto ha preocupado á los geógrafos y á los viajeros, acaba al fin de ser resuelta. La honra, si no del descubrimiento de estos misteriosos orígenes, al menos de la comarca donde nace el célebre rio, se debe á los ingleses Sres. Speke y Grant, capitanes del ejército de los indios. Partiendo, en 1858, la expedicion del capitan Burton al Africa Austral, el Sr. Speke, que habia reconocido entonces el gran lago de Tanganika, emprendió por sí solo la exploracion, despues de la enfermedad de su compañero. Llegó al segundo lago, que los indígenas llaman Nyanza, es decir, *grande agua*, y del que salia un rio considerable, que él creyó no era otro que el rio Blanco. Este lago debia ser en su idea uno de los que dan origen al Nilo, segun una antigua tradicion recogida por Ptolomeo. Vuelto á Inglaterra el capitan Speke,



cataratas de Esiyena al país que ni se ha formado con su limo ni tampoco le abona (1), sino que le fertiliza con sus aguas. Antes de desem-

se le asoció su amigo, el capitán Grant, para completar su primer viaje. Le realizó el 1.º de Octubre de 1860, y volvió el 18 de Junio de 1863. En 1861 volvió á visitar el lago de Nyanza, y á través de muchos peligros, y en union de otro de sus compatriotas, Sr. Petherick, confirmó y completó sus descubrimientos. Hé aquí el resumen, tal como le da M. Vivien de San Martin, en el diario *Le Tour du Monde*, según datos del presidente de la Real Sociedad Geográfica de Lóndres:

«La cuestion por tantos años debatida acerca de los orígenes del Nilo, puede ser considerada como resuelta desde el presente; resuelta, no en los pormenores, que podrán ocupar todavía más de una generacion de exploradores ingleses y norte-americanos, como hoy acaece, pero sí en su parte esencial y característica. Aunque ni Speke ni su compañero hayan podido ver por sí la fuente ú origen de ninguna de las corrientes que forman el rio Blanco (que siempre se ha considerado, y con fundamento, como origen del Nilo), aunque no hayan podido siquiera seguir sin interrupcion el largo rio donde se vierten las aguas del Nyanza, y que á nosotros, como á Speke, nos parece no ser otro que el mismo rio Gondokoro, es decir, el rio Blanco, del que han fijado sus limites y determinado su carácter invariable estos dos exploradores (al ménos por la parte Sur) de la region en que nace el rio de Egipto. Se ve allí, en un espacio de tres grados al Sur del Ecuador, una zona llena de grandes lagos y dominada á derecha é izquierda por montañas muy elevadas, donde se forman numerosos canales, siendo de ellos el principal el Nyanza, el cual á su vez alimenta un rio considerable que nace del lado septentrional, y despues va directamente al Norte.» Estos hechos confirman la exactitud de los hechos que habia consignado Ptolomeo en el primer siglo de nuestra era.

(1) El limo del Nilo, no obstante lo mucho que se ha hablado, no es de una naturaleza particular: es el limo de todos los rios. No es debida la fertilidad del Egipto á este limo, sino á la inundacion del rio; no lo es tampoco al limo arrastrado por el Nilo, puesto que el Nilo, al retirarse, lleva más tierra que deja al pasar, y esto explica la altura de media línea poco más ó ménos que va teniendo cada año, según lo reconoció la comision de Egipto. Los restos vegetales y demás vestigios vegetales y animales, más numerosos que en otro cualquier punto, en un país donde se hacen dos cosechas por año y donde el desbordamiento todo lo destroza, deben entrar por mucho en este resultado. Es necesario tener en cuenta tambien las arenas que el viento del desierto arroja sobre toda la extension del Egipto. No es, por último, de extrañar que el terreno de esta comarca sea el mismo que el de la Etiopia, de la que es su prolongacion físicamente considerada, y no hay necesidad

bocar en el Mediterráneo se divide en un gran número de brazos, formando un extenso y regular triángulo, Delta, y desagua en fin por varias bocas, de las cuales siete (1), que son hoy objeto de atrevidas investigaciones, eran navegables en la antigüedad. Así termina el curso del Nilo.

El Egipto existe por sí. No es verdad que el Nilo haya formado aquel terreno ó aquel país en fuerza de siglos por las mismas capas de aluvion que pudieran irse depositando; pero sin él no seria más que un suelo movable, desecado por el *Simoun*, cubierto de arenas é inhabitado como el desierto, que está á sus puertas. El rio cada año, y en época fija, crece por las lluvias del Mediodía, se hace abundante, llena sus riberas, hincha sus hondas y las esparce por las campiñas. No se ve más que un inmenso lago: campos, lugares, villas, bosques, colinas, todo ha desaparecido. Despues comienzan á bajar las aguas con lentitud, y en algunas semanas todo germina, brota, crece y se multiplica; flores, frutas, cosechas, todo viene á la vez con prodigiosa profusion. El rio, que en aquella situacion está seis meses, ha empapado las arenas, ha consolidado y hecho fértil el terreno. Ha llenado, diríase, con prevision los canales que han de regar los campos, porque ninguna lluvia ha de venir á humedecerlos.

Se comprende, pues, la veneracion que hacia él conservaban los antiguos habitantes, siempre olvidados de la causa primera de todas las cosas. Bajo el concepto de su necesidad conti-

para explicar esta analogía acudir á la suposicion de que haya sido arrastrado y aglomerado poco á poco por el Nilo. Esto no deja de ser un cuento que los egipcios narraron á Herodoto, y que se ha ido repitiendo sin probarlo. El hecho que hoy puede asegurarse, sin temor de error, es que el Nilo no ha formado el Egipto en 15.000 años, como tampoco el Po la Lombardia, ni el rio Amarillo la China en 75.000 años. Estas hipótesis no son más que puerilidades. (Véase la *Memoria* de Freret, y especialmente en las *Soirées* de Montlhery, el precioso trabajo de M. Desdonits sobre la antigüedad de los egipcios: profundidad, razon, espíritu, todo se encuentra en esta obra.

(1) Herodoto, II, 17. Estas son las bocas: la Bolbitina, Phanica, Sebenítica, Canópica, Mendasiana, Tanítica y Pelusiaca.



nua, el Egipto podia muy bien ser considerado como el *presente del Nilo* (1).

El Egipto es una tierra de abundancia, pero de gran trabajo. Ha sido necesario irle retirando sucesivamente del rio, del que era tributaria; allí, como en ninguna otra parte, el hombre ha de *vivir con el sudor de su frente*. Es tambien el país de *Cham Chemé* ó *Chemia*. Así es como se le llama aún en nuestros dias (2), y en verdad que su raza luchará largo tiempo contra el Nilo y sus desbordamientos antes de llegar á contenerle y darle direccion. Hasta aquí, sin embargo, nada hay de seguro.

El Egipto fué poblándose sucesivamente; los hombres que venian de Sennaar pasaron por la Arabia Feliz, entonces sin duda en comunicacion con la Abisinia ó alta Etiopia, é hicieron mansion desde luego en las montañas del S. Despues se fueron aventurando á bajar, siguiendo el curso del Nilo, haciendo alto cuando el Nilo se lo permitia, y si era necesario, refugiándose hácia los lugares elevados. Es un hecho cierto que el rio, como de costumbre, fué socavando sus orillas en la parte superior del terreno; los nuevos habitantes daban impulso á este trabajo, y á medida que el suelo se iba secando, ellos avanzaban é iban tomando posesion. Con la Biblia en la mano, se puede seguir paso á paso su marcha. *Chus*, hijo de Cam, no fué más allá de la Etiopia; la Etiopia es la tier-

(1) Herodoto.

(2) Llámasele tambien *Kenai* (país negro). La palabra *Chemia* significa igualmente en copto *tierra negra*, lo que no podia ignorar Moisés, que aparentemente conocia el Egipto. Sin embargo, se ha querido sacar en conclusion de esta significacion de Cam, que nada tenia que ver con el nombre Egipto; pero no hay razon para ello. En efecto: ¿cómo colonias de la Etiopia, abandonando una tierra tan negra como la del Egipto, hubieran tomado este color por cualidad distintiva de la comarca? Ordinariamente, no se ve que una raza tome su nombre del lugar donde fija su residencia; por el contrario, impone su nombre al país que elige para ella. Así, el país de los francos tomó el nombre de *Francia*; el de los anglos, *Inglaterra*; el de los scotos, *Escocia*; el de los allamans, *Alemania*. Esta observacion es verdadera, especialmente por lo que hace á los tiempos antiguos: Toda la antigüedad puede dar testimonio de esta verdad; y la Etiopia, siempre llamada la tierra de *Kusch*, es un ejemplo entre mil.

ra de *Kusch* (1); *Cam* (Ham) continuó su marcha. La tribu de *Mezraim*, su segundo hijo (Ham-on, hijo de Ham) (2), va más adelante, y se divide en varias poblaciones, que siguen siempre avanzando. Estas poblaciones, que han conservado todas el recuerdo de su comun origen, se fijan sucesivamente en el Alto-Egipto (3), contiguo á la Etiopia, en el Egipto-Medio, el *Fayum*, y por último, en el Delta, colindante con el mar, y que estuvo mucho tiempo sumergido; el Nilo le cubria con sus aguas. Poco á poco se fueron diseminando los brazos y canales, se separaron las fuentes, se reunieron los lagos, y por último, se secaron los lugares pantanosos, dándoles direccion al rio. El Delta fué la provincia de última posesion; pero no es ya como un presente del Nilo como las otras; es más bien la conquista de la industria humana.

De esta suerte se fué habitando el Egipto, y aquí deberia dar comienzo su historia. Pero aquí empieza la oscuridad histórica, á pesar de los esfuerzos de la ciencia moderna; la critica descubre algunos destellos inciertos y errantes, algunos hechos, que es tan imposible negar como coordinar. La cronologia no existe en Oriente, y no puede crearse una sino con ayuda de los sincronismos. En el gran período que

(1) Véase el baron Ekstein, *Cuestiones relativas á las antigüedades semíticas*, VII, XII. Es tambien la opinion de M. Brugsch, *Historia del Egipto*, t. I.

(2) M. Brugsch, *op. cit.*, hace notar que los antiguos egipcios, queriendo pasar por *autochthones*, se llamaban *Lud*, es decir, *gérmen*, tipo del género humano. Este nombre recuerda perfectamente el *Lou-dim* ó *Ludim* del Génesis, hijo de *Mezraim*, nieto de *Chus*, lo que sirve para confirmacion del origen semítico de la poblacion primitiva del Egipto.

(3) Debemos añadir, que otra opinion pretende que las poblaciones pudieron llegar por camino diferente, por el Norte, por el istmo de Suez, bajando por la Siria. La prueba que dan es que el centro más antiguo de la monarquía egipciaca se halla en Memphis, en el Bajo-Egipto, y que el nombre de Memphis (*Men-ne-fer*) recuerda el primer rey, del que habrán conservado el recuerdo, *Menes* ó *Mena*. Es posible, y aun probable, que siguieran las dos vias. (Véase M. Desjardins, en su artículo, del más grande interés, sobre los *Descubrimientos de M. Mariette en Egipto*, en la *Revista de la Arquitectura y de los trabajos públicos*, 1860.)



se extiende hasta el reinado de *Rhamés el Grande* ó *Sesostris*, exceptuando los viajes de *Abraham* y de *Jacob* y la invasión de los *Hyksos* árabes, no se sabe en realidad cómo fijar la fecha.

Los monumentos, gracias á los admirables descubrimientos de sábios europeos (1), vienen,

(1) A la Francia, al genio de Champollion, ayudado y estimulado por el duque de Blacas; se debe el maravilloso descubrimiento, que permitiendo leer los «Jeroglíficos», dió la clave de toda la antigüedad egipcia, hasta entonces estacionada invenciblemente. Se sabe que se llamaban «Jeroglíficos», á los caracteres sagrados, á los signos gráficos que se encuentran en gran número grabados sobre los monumentos del antiguo Egipto. Su lectura se había extraviado. Los antiguos escritores Diodoro, Ammiano, Marcelino, habían de ella y la dan un valor enteramente ideográfico, es decir, expresión de ideas por imágenes ó símbolos. Clemente de Alejandría les da en algunos casos un valor fonético, es decir, representación de sílabas ó letras de alfabeto; pero su texto es singularmente oscuro. Los modernos habían empleado hasta nuestros días, y bien inútilmente por cierto, sus más profundos estudios sin poder descifrar estos signos. El P. Kircher (*Edipus Aegyptiacus*) Zoega, *Del origen y empleo de los obeliscos*, habían dicho, el uno que eran ideográficos, el otro que muchos eran fonéticos. La gran comisión de Egipto formada en tiempo de la expedición de Bonaparte había adelantado en los estudios; pero no había podido obtener buenos resultados. Una famosa inscripción hallada en Roseta, y compuesta de doble texto, uno en jeroglíficos y el otro en griego, sirvió de término de comparación para descubrir alguna noticia. El ilustre Silvestre de Sacy determinó el lugar que ocupaban los nombres propios; pero tampoco logró analizarlos. Akerblad lo intentó con algun resultado. Yung determinó el valor de cinco signos en cartones ó marcos que comprendían los nombres de Ptolomeo y de Berenize, y publicó el sentido aproximado de 77 grupos; se engañó en que los creyó puramente ideográficos. Tras de esto se andaba cuando Champollion, abordando el estudio de los monumentos con profundo conocimiento de la lengua copta, que él creyó, y que es en efecto la antigua lengua egipcia escrita con caracteres de alfabeto griego; descubrió, por largas comparaciones que el sistema gráfico egipcio comprendía, un cierto número de figuras puramente fonéticas, que representaban, no ideas, sino sonidos, y leyó estos caracteres en idioma copto. Desde entonces reconstruyó todo el sistema de la escritura y de la lengua egipcia. Tal fué el rasgo característico de su genio.

Hoy, gracias á los trabajos que se han completado por la vía trazada por Champollion, se sabe, pero sin temor de error, que las escrituras egipcias son de tres clases: «1.ª, escritura *jeroglífica* ó sagrada,

por último, rompiendo el secreto guardado durante miles de años, á dar un testimonio. ¡Pero qué incoherentes y vagos son estos recuerdos!

Busquemos, pues, los caracteres generales de la formación de este pueblo misterioso; veámosle, durante estas épocas indeterminadas, luchando con la naturaleza, con aquella tierra á la que debe unirse en proporción á lo que le ha costado en penas y en sacrificios. Recogeremos despues todos los datos más principales que subsisten de estos anales históricos.

Viene despues el tiempo durante el cual el Egipto trabaja por formarse y constituirse. El Egipto no es uno de aquellos brillantes y efímeros imperios del Asia Central, poderosos al nacer, que viven por la cabeza, y cuyo cuerpo, unas veces inmenso, otras reducido á la nada, es verdaderamente impalpable. Es una

que se compone de figuras que representan los objetos del mundo físico, con auxilio de un trazado puramente lineal ó de colorido; estos signos son 800 poco más ó menos; 2.ª, la escritura *hierática* ó sacerdotal, compuesta del mismo número de signos que la escritura *jeroglífica*, pero con signos abreviados, fácilmente ejecutados y de la misma significación; los *libros* que nosotros poseemos están todos escritos en este sistema; 3.ª, la escritura *demótica* ó popular, empleada para los usos ordinarios de la vida; se servía de los mismos signos que la escritura *hierática*, pero en un número mucho más pequeño.»

En cuanto á su valor, los signos son *figurativos* ó *simbólicos* ó *fonéticos*; los primeros y segundos son en gran número, pero los terceros son muchos más. Los signos *figurativos* expresan las ideas por la figura ó dibujo de sus objetos; los *simbólicos* expresan ideas abstractas por la imagen de los objetos físicos; los *fonéticos* expresan los sonidos de la lengua hablada, y desempeñan las funciones de las letras de nuestros alfabetos. A menudo la escritura egipcia empleaba en el mismo texto, en la misma frase y en la misma palabra, las tres clases de caracteres. Ciertos caracteres jeroglíficos, tienen su valor silábico. Ciertos signos empleados simbólicamente, sirven para esclarecer un grupo alfabético, de suerte que se tiene al mismo tiempo la pronunciación de una palabra y una metáfora á la que se refieren; esto es lo que Champollion llama *determinativos*; su número es de 120, dice M. Bunsen.—Los sábios que despues de Champollion se han dedicado al progreso de los estudios egipcios, son: MM. Klaproth, Lepsius, Carlos Lenormant, Biot, Bunsen, Brugsch, Hincks, y especialmente el vizconde E. de Rougé y M. Mariette. (Véase el *Diccionario de las letras y Bellas Artes*, en la palabra *Jeroglíficos*, por Dezobry y Bachelet).



masa compacta, fuerte en su union, que se sienta sólidamente sobre su terreno y se perpetúa.

Es verdad que su constitución no tuvo lugar de un modo tan rápido. El trabajo fué lento y silencioso, tan lento y tan desconocido, que más tarde, por olvidar la marcha progresiva, se exageró su duración y se llevó su origen al infinito.

A juzgar por lo que ha quedado en nuestros días, el Egipto debió ofrecer un maravilloso espectáculo á aquellos á quienes se reveló en su estado más floreciente. ¿Cómo no admirarse de esta naturaleza extraña en aquel país, tan fértil que daba dos cosechas en seis meses, tan poblado que contenía, según se cree, 18.000 ciudades ó pueblos, y cerca de siete millones de habitantes (1)? Tantas son las maravillas de Egipto, que admira ciertamente hoy su relato. El río, fuente de toda fecundidad, y que él solo da vida al Egipto; los trabajos gigantescos emprendidos, bien para contener y dirigir sus inundaciones, bien para atestiguar únicamente el poder y fuerza del hombre; aquellos montes artificiales, sobre los cuales se levantaban las ciudades; el lago *Meris*, con sus dos pirámides en el centro y el coloso que las sustenta, lago que servía de gran receptáculo al Nilo, donde depositaba sus aguas, que suplían despues á los débiles desbordamientos; aquellos inmensos panteones, construidos por millares de vencidos ó esclavos para gloria de sus señores; las *pirámides* de *Memphis*, de *Sakkarah*; los *obeliscos*, páginas inefables de la historia nacional; los templos de *Tbas*, de *Denderah*, de *Esneh*, de *Medinet-Abu*, el *Amenophium* ó *Memnonium* (2), el *Serapeum*, las columnas, los *Sphinxes*; todas aquellas obras, por último, producto de siglos desconocidos, y que hacen de Egipto como un inmenso museo desde el Delta hasta las fronteras desconocidas de la Libia y de la Etiopía, donde el viento del desierto cada día las hace más difíciles. Hé aquí el trabajo

(1) Herodoto, cap. II, v. 177; Diodoro, cap. I, versículo 31.

(2) Es el coloso de Memnon.

jo gigantesco y material de los egipcios (1).

No se limitan aquí las maravillas del Egipto; Dios, sin duda, ha castigado el orgullo humano, que pretendía edificar hasta la eternidad; pero no deja de ser un carácter notable el de perpetuidad y de inmutabilidad, impreso por un pueblo á sus instituciones como á sus monumentos. Allí todo es sombrío y monótono como la muerte, que hacia un gran papel. La herencia en aquel país, era la base de todo sistema. Por encima de todo campaba el despotismo, no la tiranía mudable y caprichosa, llena de pompa como en Oriente, sino un despotismo legal é inmutable. Bajo la división de las castas estableciase una jerarquía separada, y casi sin gradación, entre el pueblo, los guerreros y los sacerdotes. En todo esto había mucho orden. Política, artes, ciencias, civilización, todo obedecía al influjo de la superstición, del despotismo y de las castas.

No es creible que la autoridad real fuese siempre la misma: sus condiciones y sus prerrogativas variaron. Llega un día en que el rey es considerado como una divinidad. Su cabeza es adornada con el *pschent*, símbolo de autoridad sobre los dos Egiptos; es rodeado con las insignias de su poder, el *pedum* (báculo) y la pluma de avestruz, llevando á su lado á su hijo mayor. Los *sacerdotes* de *primer orden* forman su consejo, y sus hijos cumplen en derredor suyo con los primeros empleos.

La vida del príncipe se pasa en un ceremonial perpétuo; la ley prescribe el momento en que se debe levantar, la hora en que debe ir al templo, la hora del baño, la de la comida, la calidad y cantidad de los manjares y vino que deben servirle, y por último, el tiempo de descanso. No está libre de esta minuciosa obligación más que en tiempo de guerra; entonces él es el que dirige, montado en su carro entalamado, ó bien combate á pié con la infantería, fuerza del ejército egipcio, y en este caso su carro queda con los bagajes. Despues de la ex-

(1) Véanse los trabajos de Champollion, de Ch. Lenormant, los de M. Rougé, Lepsius, Brugsch y Mariette.



pedición, él recibe los aplausos del triunfo, y entra en las ciudades seguido de sus tropas, de los cautivos y del botín, pero el honor de la victoria se atribuye á los dioses, cuya victoria va siempre acompañada de una ceremonia religiosa. Edifica al mismo tiempo los monumentos de su gloria, y él mismo caba el sepulcro donde ha de ser depositada su *mómia* y su historia escrita. Entonces todo lo puede, todo se humilla á su voz, y todo obedece á su voluntad. Pero muere, y desde aquel momento vuelve á ser hombre. Hasta la muerte, los dioses han presidido á su nacimiento, han acariciado al niño real; pero ahora la nación le juzga. Setenta y dos días le llora con la cabeza cubierta de cenizas, una cuerda á la cintura, absteniéndose de carnes, de uvas, de queso y de vino. El plazo espira y la *mómia* real debe comparecer á las puertas del sepulcro. Un sacerdote hace su elogio, y si no se hace ninguna reclamación, le dan sepultura; pero si el *tribunal de los cuarenta y dos jurados* reconoce los defectos del finado, que cada uno tiene derecho de acusar, el pueblo le condena y hace martillar su inscripción (1).

Con seguridad se puede afirmar que no fué esto siempre la dignidad real; siguió probablemente todos los grados que separan el poder absoluto y el poder patriarcal. No obstante, es difícil reconocer todas sus revoluciones sucesivas, á través de los viajes de Abraham y de Jacob, á través de las guerras particulares y trastornos interiores de dinastías, á través de la larga y encarnizada lucha contra los hiksos; pero al fin de este período está definitivamente constituida.

Por largo que fuera el despotismo del Egipto en su duración, es más difícil remontarse al origen de las *castas*. ¿Será preciso suponer que fuera el resultado de varias conquistas; que el

(1) Véase *El Egipto*, por M. Champollion-Figeac, y los dibujos de Champollion el joven, y también los demás escritores ya citados. Los historiadores y filósofos griegos Herodoto, Diodoro, Aliano (*Histoires varies*), Platon, Aristóteles, etc., nos han dado preciosos pormenores, que justifican el estudio profundo de los monumentos.

pueblo, la clase inferior, comprendiera los primeros habitantes que subyugaron á los *guerreros* de la Etiopía, sometidos á su vez por los *sacerdotes* civilizadores de Meroë? ¿Se podría referir á esta ocupación gradual la distribución de las tierras, divididas en tres partes solamente: la parte del rey, la de los guerreros y la de los sacerdotes? La clase popular no poseía nada, y era por cierto una suerte bien deplorable la suya; no tuvo más que un solo privilegio: el de juzgar al monarca que la había oprimido. Tampoco podía juzgar á las *castas* superiores, en otro concepto bien opresivas. Para todo se la consideraba como si no existiera. Su parte en el Estado era el sudor y el trabajo, y no tenía más que obedecer siempre. Los carteles reales llevaban, después del nombre del príncipe: *Rey del pueblo obediente*.

No solamente estaba prohibido al hombre del pueblo querer elevar de su clase, sino que necesitaba seguir la profesión de su padre; así, si su padre fué barquero, él debía llevar su barca; si fué propietario, tenía que cultivar su campo (1). Por lo demás, la vida le es llevadera, á menos que le obliguen á trabajar en las pirámides. Con el jardín que rodea su casa, con el *dura* (pan) y las legumbres tan variadas del Egipto, alimenta á su numerosa familia y á la única mujer que tiene, más bien de compañera que de esclava. Aún más: ni siquiera él puede caer en la esclavitud; como esclavos, en

(1) ¿Ha existido esta ley absoluta en Egipto en todos tiempos? ¿No fué nunca modificada? M. Ampere (*Revista arqueológica*, vol. X) ha reunido algunos ejemplos, que prueban que algunos ciudadanos eran tratados con el rigor de la ley, al menos por las clases elevadas, por la clase sacerdotal y por la clase militar. Las funciones podían algunas veces simultanearse, y el matrimonio no estaba prohibido de una manera radical entre los hijos de los sacerdotes y de los guerreros. Sin embargo, era una excepción. En cuanto al pueblo, esta excepción era más rara, y por decirlo así, casi nula. Había, entre otras, una profesión agrícola muy extendida, cual era la de cuidar los animales de cerda, y esta ne podía ser infringida. M. Robion, *op. cit.*, que consigna las observaciones de M. Ampere, reconoce que ne debilita el testimonio constante de los historiadores.



Egipto no había más que los cautivos (1), y aun los hijos de estos nacían libres.

Por encima del pueblo y debajo de la casta sacerdotal, estaba la clase militar, con el *buitre* y el *gavilan* por emblemas (2); era un privilegio hereditario pelear por la patria. Los que de esta suerte representaban la fuerza de la nación, recibían del rey, y poseían de padres á hijos, doce *aruras* de tierra, más bien como residencia durante la paz, que como recompensa de sus servicios en la guerra. En número ya de 250.000, ya de 400.000, repartidos en los campos de *Elefantina*, de *Daphné*, de *Marea*, servían bajo las insignias religiosas de *Osiris*, *Isis*, *Ammon*, *Pha*, representados bajo su forma humana ó bajo sus símbolos, el *ibis*, el *chacal*, el *gavilan*, el *leon*. Tenían sus distintivos

(1) Ya veremos en una de las citas siguientes la prueba de la esclavitud de los prisioneros de guerra.

(2) El *buitre* era para los egipcios el pájaro de los combates; era tradición entre ellos que en todas las guerras los buitres trazaban el campo de batalla siete días antes (M. Champollion-Figeac).

de honor. Recibían collares de oro en premio de sus trabajos, y aun se cree haber hallado las insignias de una especie de orden de caballería, «la orden de la Mosca (1).»

(1) Hé aquí las alabanzas que se tributan en una inscripción funeraria de un oficial egipcio, Aahmés, jefe de los nautas, que vivió en el siglo VIII antes de Jesucristo: «He sido honrado con el collar de oro siete veces; fuí lugarteniente, alternando con mi padre, del navío llamado *El Becerro*, en tiempos del rey difunto... Fuí á la armada del Norte á pelear. Yo tenía el encargo de acompañar al soberano cuando iba en su carro. Sitióse la fortaleza de Tanis (Anaris), y combatí por mi voluntad delante de su majestad. Me acerqué al navío llamado la *Entronización de Memphis (Sam-Mennefer)*... La alabanza que el rey hizo de mí, me fué recompensada con el collar de oro por mi bravura... Tomamos la fortaleza de Tanis, y yo saqué de ella un hombre y dos mujeres, y el rey me los concedió por esclavos.» Esta es la relación de las siete ocasiones seguidas en que Aahmés fué condecorado con el collar de oro. Esta inscripción, leída por M. Brugsch, t. I, pág. 80, ha sido traducida por el vizconde de Rougé (*Memmoires de l'Academie des inscriptions*). Sobre la orden de la Mosca, véase el excelente artículo de M. Desjardins (*Revista de la Arquitectura*, 1860).